

## WITTGENSTEIN INÉDITO

Josep Maria Terricabras, I.E.C.

Catedrático de Filosofía de la Universitat de Girona

**ABSTRACT:** This article consists of a critical examination of the Wittgenstein's legacy. The author notes that whereas Wittgenstein's textual legacy is widely published and extraordinarily studied there still remains the task of understanding his teaching. This is a difficult task because Wittgenstein's legacy cannot be seen as a collection of doctrines or as the application of a particular method. Moreover, Wittgenstein himself doubted on the possibility of teaching philosophy in the classical way (in the classroom). So it's not the teaching of some philosophical knowledge but the learning of the activity of doing philosophy that matters most. And one learns how to philosophize through the example of someone else's philosophizing. What Wittgenstein's example shows and helps us to learn is that reality, life presents itself under many different aspects. That's why he cannot offer us any method or doctrine. What should remain from the Wittgenstein's legacy is not the philosophy of Wittgenstein but our doing philosophy as an activity which deals with reality in all its complexity.

El legado de Wittgenstein -como el legado de la mayoría de filósofos- se compone de dos partes: los papeles y las ideas.

Mi exposición parte de un hecho que voy a establecer y comentar en la primera parte de la ponencia: aunque hoy se conocen ya todos los papeles relevantes de Wittgenstein -e incluso algunos de los irrelevantes-, el legado de sus ideas -al fin y al cabo, el definitivamente importante- sigue sin ser reconocido. Por una parte, constataré el hecho, sin pretender acompañarlo de ningún reproche o lamento, sea de tipo intelectual o moral. Porque, cuando digo que Wittgenstein -cuarenta y seis años después de su muerte- ha sido muy difundido pero poco reconocido, no estoy diciendo en absoluto que se haya cometido con él una injusticia histórica o que él "mereciera" ser citado o divulgado más de lo mucho que ya lo ha sido. No me parece adecuado usar el lenguaje teológico del merecimiento para evaluar la historia de las ideas. No voy a recurrir, pues, al argumento del merecimiento o de la incomprensión para reflexionar sobre el legado de Wittgenstein. En filosofía -como en muchos otros ámbitos de la actividad humana-, nadie merece esto o aquello. Cada cual dice lo que quiere decir, y puede ser entendido de una forma u otra. No hay más.

Pero, por otra parte, además de constatar el hecho, también voy a comentarlo. Porque no se puede apelar simplemente a los índices de citas para medir el impacto o la influencia de un autor. El juicio cuantitativo puede resultar enormemente engañoso: un eleva-

do índice de citas de un autor puede no ir acompañado del correspondiente conocimiento de su obra o puede, a lo peor, producir el efecto indeseable de un crecimiento en el impacto negativo de sus ideas. Wittgenstein es uno de los autores más abundantemente citados y comentados en numerosas disciplinas, foros y ocasiones. Este hecho ha contribuido a crear el espejismo de que Wittgenstein era muy conocido e influyente. En mi exposición voy a sostener que el problema más importante entorno al legado de Wittgenstein no consiste en averiguar si ha sido conocido poco o mucho, sino en advertir que ha sido muy mal conocido. Y esto no se arregla -más bien se estropea- poniendo más empeño, más dedicación, más citas y más conocimiento. Esto sólo se arregla con *otro* conocimiento.

A Wittgenstein no se le va a reconocer más o mejor cuando los estudios sobre su obra nos inunden definitivamente, o cuando se convierta en autor obligatorio en los exámenes de acceso a la universidad. A Wittgenstein sólo se le reconocerá cuando se advierta que el giro que él quiso dar a la filosofía implicaba también un giro en el modo de *hacer* filosofía y, por tanto, en el modo de mostrarla, de transmitirla, de enseñarla, esto es, en la relación que quería establecer entre el maestro y el discípulo. Quien no haya entendido que con Wittgenstein ha cambiado de forma substancial el quehacer filosófico, tampoco puede entender de qué va su filosofía, aunque escriba libros o dé cursos sobre su obra. A este punto voy a dedicar la segunda parte de la ponencia.

De ahí que sea absolutamente irrelevante que las *ideas* de Wittgenstein circulen más o menos en los ámbitos académicos. Lo que sería definitivo -porque ayudaría a poner literalmente fin a cierta tradición filosófica vigente- sería que progresara la aceptación de su concepción de la filosofía y de su modo de acercarse a ella. Entraré en esta cuestión en el tercer apartado de mi exposición.

Hablar hoy, pues, del Wittgenstein inédito no puede consistir en escharbar en su legado para desenterrar nuevas versiones, matices y detalles de sus papeles o ideas. Sólo puede consistir en sacar a la luz su ejemplo de filósofo. Pero, al hacerlo, advertiremos que no es casual que Wittgenstein siga inédito. Su autocomprensión como filósofo ayuda a entender no sólo que él siga inédito sino también que, desde su planteamiento, éste deba ser el destino último de cualquier filósofo. Es esta lección más amplia que nos llega con el legado de Wittgenstein, aquello que he querido también insinuar en el título de la ponencia, que ha perdido finalmente el artículo determinado "el" de la versión provisional. De ahí que el título definitivo ya no sea "El Wittgenstein inédito" sino simplemente "Wittgenstein inédito".

La ponencia constará, pues, de tres partes: la primera dedicada a examinar brevemente lo que ha ocurrido con el legado de Wittgenstein; la segunda parte quiere subrayar su particular insistencia en la dificultad de enseñar filosofía; finalmente, y a partir de las consideraciones anteriores, la tercera parte propone contemplar la actividad filosófica bajo una nueva luz.

## 1. LA MUERTE DE WITTGENSTEIN

Wittgenstein publicó muy poco, pero escribió mucho. No está nada claro que él no quisiera publicar algunas de las cosas que dejó escritas. Habló a menudo, durante años, de la publicación de "mi libro". Con ello se refería, al final de su vida, a la mayor parte de los materiales que, tras su muerte, llegaron a conformar las *Investigaciones filosófi-*

cas. Pero parece cierto que, en épocas distintas, estuvo barajando diversas posibilidades. Entre sus escritos se han encontrado numerosos prólogos: no sólo versiones distintas de prólogo para una misma obra, sino incluso prólogos pensados para más de un proyecto. Sea como fuere, el hecho es que Wittgenstein no destruyó los muchísimos papeles que escribía y reescribía. Él no los publicó, pero dejó la decisión de hacerlo en manos de sus albaceas. Pronto se vió que el legado escrito de Wittgenstein era inmenso. Von Wright publicó el primer índice de los materiales legados bajo el título "The Wittgenstein Papers".<sup>1</sup>

Muy pronto, algunos comentaristas empezaron a preguntarse si los escritos inéditos de Wittgenstein podían llegar a revelar algún día aspectos nuevos -quizás decisivos- en la interpretación de su obra. La polémica publicación de los *Diarios secretos* en la revista "Saber" de Barcelona<sup>2</sup> iba también en esta dirección. Las ediciones fragmentarias o los "collages" de obras que prepararon sus albaceas no hacían sino fomentar las sospechas y reavivar las expectativas.

Hoy podemos decir que, por lo que a los papeles concierne, Wittgenstein ya no es inédito. Disponemos de las ediciones básicas de Blackwell y Suhrkamp, y, desde hace poco, de la *Wiener Ausgabe* de Springer,<sup>3</sup> que ha iniciado un ambicioso proyecto complementario para editar, en una primera fase de 15 volúmenes, toda la obra póstuma comprendida entre 1929 y 1933. Si a eso se añade que las principales obras pueden ser consultadas en CD-Rom desde 1997, que los manuscritos originales guardados en el Trinity College pueden ser leídos en microfilm -de muy mala calidad, ciertamente-, y que algunos de los escritos menos accesibles de Wittgenstein han sido publicados repetidamente en antologías de todo tipo y en numerosas traducciones, queda absolutamente claro que no puede hablarse ya, en cuanto a los papeles, de un Wittgenstein inédito.

Sus ideas, pues, han llegado al alcance de todos y han podido ser discutidas en abundancia. Recurramos a algunas cifras. En 1973 -es decir, 20 años después de la publicación póstuma de las *Investigaciones*-, Anthony Kenny publicaba su *Wittgenstein*, y empezaba el prefacio, fechado en 1971 -es decir, 20 años después de la muerte de Wittgenstein- con estas palabras:

"So much of Wittgenstein's work has now been posthumously published that an overall study is bound to be selective, and so many volumes have been devoted to its elucidation that a new one may well appear superfluous."<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Cf. Georg Henrik von Wright, "Special Supplement: The Wittgenstein Papers", en *The Philosophical Review*, vol. 78, núm. 4 (octubre 1969) 483-503. Una versión revisada y aumentada por el propio Von Wright con el título "The Wittgenstein Papers" apareció en su libro *Wittgenstein*, Blackwell, Oxford, 1982, págs. 35-62. James C. Klagge y Alfred Nordmann publican el texto en su edición de *Ludwig Wittgenstein. Philosophical Occasions (1912-1951)*, Hackett, Indianapolis, 1993, págs. 480-506, al que añaden un "Addendum to 'The Wittgenstein Papers'" (págs. 507-510) y "Additions and Corrections to the Texts" (págs. 511-515). La reciente edición castellana de esta última obra (*Ocasiones filosóficas*, Cátedra, Madrid, 1997) elimina, lamentablemente, los tres textos sobre los papeles de Wittgenstein, y no incluye tampoco ningún índice temático.

<sup>2</sup> Cf. *Geheime Tagebücher 1914-1916*, alemán-catalán, en *Saber*, 5 (1985) 32-49, y 6 (1985) 30-59.

<sup>3</sup> Blackwell empezó la publicación en 1953; Suhrkamp en 1960; Springer en 1994.

<sup>4</sup> A. Kenny, *Wittgenstein*, Allen Lane, The Penguin Press, London, 1973, pág. VII.

Y en el primer párrafo del primer capítulo añadía:

"In the two decades since 1951 nine posthumous volumes of writings have been published, and the bibliography of studies of them contains well over a thousand titles."

Así, pues, según Kenny, Wittgenstein ya no era, en 1971, ni substancialmente inédito ni poco estudiado. Como era de prever, quince años después, la literatura sobre Wittgenstein había crecido de forma casi alarmante: Guido Frongia y Brian McGuinness, en su *Wittgenstein. A Bibliographical Guide*,<sup>5</sup> reseñan -sin querer ser exhaustivos, y cubriendo hasta mediados de agosto de 1987, es decir hasta hace justamente diez años- una lista de 1942 títulos sobre Wittgenstein.

En relación con la recepción española de Wittgenstein, me parece importante destacar que fue Ferrater Mora el primero en hacerse eco de la importancia de su filosofía: lo hizo ya en 1944, en la primera edición mexicana de su *Diccionario de filosofía*,<sup>6</sup> y en un artículo de 1949 -por tanto, anterior en dos años a la muerte de Wittgenstein y en ocho a la traducción del *Tractatus* de Tierno Galván-, titulado "Wittgenstein o la destrucción",<sup>7</sup> traducido a diversos idiomas y que tuvo una importante repercusión. Este artículo recibe el número 132 en la guía de Frongia y McGuinness, que también recogen con el número 176 otro artículo pionero de Ferrater, "Wittgenstein, a symbol of troubled times", publicado en 1953.<sup>8</sup>

Que Frongia y McGuinness sólo ofrecían una selección de la literatura secundaria estaba claro: muy poco antes, en 1986, V.A. y S.G. Shanker, habían publicado *A Wittgenstein Bibliography*, que recogía 5.868 títulos de un período un poco menor, puesto que sólo alcanzaba hasta comienzos de 1985.<sup>9</sup> A esto se podría añadir que G.U. Gabel ofrece 426 títulos de tesinas y tesis doctorales aceptadas, entre 1933 y 1985, en universidades de Europa, Norteamérica, India, Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda. Para tener conocimiento de la situación actual, podemos consultar el *Philosopher's Index* que, siendo un índice general de filosofía que reseña únicamente obras a partir de la segunda guerra mundial, ofrece un panorama de varios miles de títulos y referencias.

Ciertamente, Wittgenstein no está inédito. Cada día *sabemos* más de él y sobre él. No sólo disponemos de trabajos eruditos, de diccionarios monográficos<sup>10</sup> o de obritas menores que lo hacen accesible en el lenguaje del comic,<sup>11</sup> sino que también nos llegan películas, novelas, canciones y exposiciones pictóricas, referidas a su vida y a su obra. Así, pues, Wittgenstein, el filósofo de la vida oculta, está ya absoluta y definitivamente expuesto a la visión y a la interpretación públicas. No parece tampoco que, a estas altu-

<sup>5</sup> G. Frongia-B. McGuinness, *Wittgenstein. A Bibliographical Guide*, Blackwell, Oxford, 1990.

<sup>6</sup> Cf. J. Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, México, D.F., Editorial Atlante, 1944, pág. 760.

<sup>7</sup> Cf. J. Ferrater Mora, "Wittgenstein o la destrucción", en *Realidad* (Buenos Aires), vol. 3, núm. 14 (1949) 129-140, reeditado en *Cuestiones disputadas* de la Revista de Occidente (1955) 190.

<sup>8</sup> Cf. J. Ferrater Mora, "Wittgenstein, A Symbol of Troubled Times", en *Philosophy and Phenomenological Research*, 14 (1953) 89-96.

<sup>9</sup> Publicada en el volumen 5 de V.A.-S.G. Shanker, *Ludwig Wittgenstein. Critical Assessments*, Routledge, London, 1986, 361 págs.

<sup>10</sup> Cf. Hans-Johann Glock, *A Wittgenstein Dictionary*, Blackwell, Oxford, 1996.

<sup>11</sup> Cf. J. Heaton-J. Groves, *Wittgenstein for Beginners*, Icon Books, Cambridge, 1994.

ras, haya que esperar revelaciones especiales. Las que se podían hacer, han sido ya hechas por algunos de sus amigos y discípulos, que han publicado documentos y testimonios. Bien podemos decir, en conclusión, que, de entre quienes son reconocidos estrictamente como filósofos del siglo XX -excluyo, por tanto, a Freud-, Wittgenstein es -con Nietzsche, Heidegger y Russell- uno de los que ha ejercido una fascinación más intensa y duradera, quizás el que más.

Con todo, sigue siendo verdad el dicho latino "habent sua fata libelli". Porque, a pesar de todo lo que él ha escrito y de todo lo escrito sobre él, sigue resultando cierto -y hay que subrayarlo con énfasis-, que existe un Wittgenstein inédito: no sólo el de algunas ideas originales -muy particularmente relacionadas con la filosofía de la matemática y con la filosofía de la psicología-, sino sobre todo el Wittgenstein que defiende otro modo de entender el quehacer filosófico. En este sentido, creo que lo que realmente está inédito de Wittgenstein es propiamente Wittgenstein.

Démosle de nuevo la palabra a Anthony Kenny, quien, en la introducción a su segundo libro sobre Wittgenstein, titulado *The Legacy of Wittgenstein* y publicado en 1984 -es decir, 11 años después del primero-, escribe:

"The philosopher's influence seems to be declining rather than increasing. (...) Wittgensteinian philosophy, as opposed to Wittgensteinian scholarship, has not made progress and some of the philosophical gains we owe to Wittgenstein seem in danger of being lost. This is not because his work has been superseded or put in the shade by the light of some succeeding philosophical genius. Rather, his contribution has been neglected because more and more philosophers, specially in the United States, have attempted to model their studies on the pattern of a rigorously scientific discipline, mimicking the type of precision characteristic of mathematics, and holding up a general theory of linguistics as the ideal for philosophy of language, and an abstract system for artificial intelligence as the goal of philosophy of mind. This kind of scientism in philosophy was something which Wittgenstein abominated, and in such a climate the seeds he planted have a poor chance of flourishing growth."<sup>12</sup>

G.H. von Wright ya había escrito en 1978:

"Wittgenstein's influence today is felt with increasing intensity in many quarters but is more implicit and indirect and therefore difficult to characterize in a uniform manner. Broadly speaking, one can notice an alienation of this influence from the typical logico-analytical philosophy and an affiliation of it to thinking in the traditions of phenomenology, hermeneutics, and even Hegelianism. The unravelling and evaluation of the various forms which Wittgenstein's influence has assumed will constitute a major chapter in the history, yet to be written, of twentieth-century philosophy and ideas."<sup>13</sup>

<sup>12</sup> A. Kenny, *The Legacy of Wittgenstein*, Blackwell, Oxford, 1984, págs. VII-VIII.

<sup>13</sup> Cf. G.H. von Wright, "Wittgenstein and his Impact on Contemporary Thought", en *Proceedings of the 2nd International Wittgenstein Symposium*, Hölder-Pichler-Tempsky, Vienna, 1978. Recitado como "Wittgenstein in relation to his Times" en B. McGuinness (ed.), *Wittgenstein and his Times*, Blackwell, Oxford, 1982, págs. 108-120; la cita del texto corresponde a la página 108 de la reedición.

Y muy recientemente, casi veinte años después de Von Wright, P.M.S. Hacker confirma una parte de su diagnóstico cuando escribe en su *Wittgenstein's Place in Twentieth-Century Analytic Philosophy*:

"By the last decade of the century, the tradition of connective analytical philosophy has waned. Wittgenstein scholarship flourished, and a minority of philosophers continued to work in the Wittgensteinian tradition, but mainstream Anglophone philosophy had moved off in quite different directions."<sup>14</sup>

Me parece, pues, que los hechos y los testimonios avalan suficientemente lo que pretendía establecer en esta primera parte de la ponencia: las ideas de Wittgenstein no parecen haber alcanzado la difusión y la intensidad que pudieran corresponderse con las múltiples ediciones e interpretaciones de sus escritos. Pero, una vez establecido el hecho, debo añadir algo más: la poca influencia real de Wittgenstein puede resultar llamativa, pero no sorprendente. Desde luego, no se lo habría resultado al propio Wittgenstein, quien siempre fue consciente de no ser entendido y albergó el legítimo temor de acabar legando a la posteridad, muy a pesar suyo, sólo una forma de hablar, un argot filosófico. Recordemos, para ilustrarlo, la anécdota contada por Von Wright en su artículo anteriormente citado:<sup>15</sup> un antiguo alumno de Wittgenstein había publicado un libro cuyo título terminaba con "... y el lenguaje". Cuando Von Wright le comentó a Wittgenstein su sorpresa de que el libro conectara muy poco con su pensamiento, Wittgenstein respondió que todo lo que el autor había aprendido de él era "y el lenguaje".

Ahora bien, no creo que baste tampoco con constatar los temores de Wittgenstein y el hecho real de que sus temores se hayan visto ampliamente cumplidos. Deberíamos avanzar además en la comprensión de aquello que ha hecho posible que uno de los grandes filósofos del siglo no haya llegado a ser uno de sus grandes maestros. Pienso que un elemento clave para avanzar en esa dirección es la poca sintonía que Wittgenstein sentía con el espíritu de su época, del que se hallaba profundamente distanciado. Para ilustrar este punto, y como transición a las siguientes secciones de la ponencia, voy a citar un largo texto de Wittgenstein, fechado en 1930, que se ha encontrado entre los varios prólogos inéditos a los que me he referido anteriormente:

"Este libro ha sido escrito para quienes tienen una actitud amistosa respecto al espíritu con que ha sido escrito. Este espíritu es distinto, creo yo, del de la gran corriente de la civilización europea y americana. El espíritu de esta civilización -cuya expresión son la industria, la arquitectura, la música, el fascismo y el socialismo de nuestra época- les resulta, al autor, ajeno y antipático. (...)

Me es indiferente que me entienda o me aprecie el científico occidental típico, porque él no entiende realmente el espíritu en que escribo. Nuestra civilización se caracteriza por la palabra 'progreso'. El progreso es su forma, el hecho de progresar no es una de sus cualidades. Es típicamente constructiva. Su actividad consiste en construir una estructura cada vez más complicada. Y también la claridad

---

<sup>14</sup> P.M.S. Hacker, *Wittgenstein's Place in Twentieth-Century Analytic Philosophy*, Blackwell, Oxford, 1996, pág. 272.

<sup>15</sup> Cf. obra citada en nota 13, pág. 109.

está, ciertamente, sólo al servicio de este fin y no es un fin en sí misma. Para mí, en cambio, la claridad, la transparencia, es un fin en sí misma.

No me interesa levantar un edificio, sino tener ante mí, transparentes, los fundamentos de los edificios posibles.

Mi meta es, pues, diferente de la de los científicos, y el movimiento de mi pensamiento es distinto del suyo. Cada frase que escribo, siempre significa ya el conjunto, una y otra vez, por tanto, lo mismo, y se trata, diríamos, sólo de aspectos de un objeto, considerados bajo ángulos diversos. Podría decir: si el lugar, al que quiero llegar, sólo pudiese ser escalado con una escalera de mano, renunciaría a llegar hasta él. Porque allí donde realmente debo ir, allí, propiamente, ya debo estar yo. Lo que se puede conseguir con una escalera de mano, no me interesa. El primer movimiento pone en fila un pensamiento junto a otro; el otro apunta una y otra vez hacia el mismo lugar. El primero construye y toma en su mano cada una de las piedras; el otro extiende la mano una y otra vez hacia la misma piedra".<sup>16</sup>

Que el texto expresa ideas básicas de Wittgenstein lo sabemos no sólo por la referencia a la imagen de la escalera -con la que el texto de 1930 rememora *Tractatus* 6.54, sino también por la referencia al progreso -referencia que reaparecerá, en palabras de Nestroy, como epígrafe inicial de las *Investigaciones*. En una época de dominio tan fuerte de la ciencia y la tecnología, Wittgenstein alerta contra una noción de progreso meramente cuantitativo y desarraigado. Es una época propicia a la simplificación, a la popularización tramposa y al sensacionalismo.

Así, pues, no deberíamos hacer juicios excesivamente fáciles sobre el legado de Wittgenstein. Los avatares sufridos por su legado no son sólo el resultado de las cambiantes modas académicas. El destino del pensamiento de Wittgenstein era casi inevitable, porque debía chocar, tras su muerte, con las mismas dificultades que ya había afrontado en vida. Más aún, no es atrevido pensar que el nombre de Wittgenstein alcanzó una gran difusión gracias solamente a la conjunción de dos hechos: haber sido el autor del *Tractatus* y, por serlo, poder ejercer la docencia en la universidad de Cambridge. Sin estos dos hechos complementarios, el llamado "segundo Wittgenstein", es decir, el Wittgenstein propiamente maduro -que no rompe con el *Tractatus*, pero que lo supera-, seguramente no habría tenido siquiera la ocasión de proyectar su luz en el firmamento filosófico.

Pero Wittgenstein no ha pretendido interpretar un mundo y una cultura, sino que se ha opuesto a ellos. A partir de ahí, no sólo resulta más que evidente la trivialización que se ha hecho de Wittgenstein como autor eminentemente descriptivo y conservador -volveremos a ello más adelante-, sino que tampoco puede sorprender que su concepción de la enseñanza de la filosofía chocara con los esquemas usuales. Según una imagen suya, hacer filosofía es tan difícil como saber mantener la cabeza hacia abajo cuando se quiere descender al fondo del mar. Es difícil hacerlo y muy difícil enseñarlo. Porque el problema aquí no es sólo lo que el maestro enseña sino, sobre todo, lo que el alumno aprende.

---

<sup>16</sup> *Vermischte Bemerkungen*, Blackwell, Oxford, 1977. El texto reproduce la traducción castellana de J.-M. Terricabras en *Sic. Textos de filosofía*, Vicens-Vives, Barcelona, 1987, texto 154, págs. 207-209.

## 2. LA DIFICULTAD DE ENSEÑAR FILOSOFÍA

Wittgenstein mostró repetidamente su desconfianza ante la posibilidad de enseñar filosofía. Sabemos que renunció a la cátedra de Cambridge no sólo para trabajar mejor en lo que iban a ser las *Investigaciones*, sino también porque tenía serias dudas sobre el carácter de su docencia. Temía que pudiera resultar más dañina que beneficiosa. El testimonio de su amigo Bouwsma, fechado en agosto de 1949, es muy explícito:

“He also said that all the years of his teaching had done more bad than good. And he compared it to Freud’s teachings. The teachings, like wine, had made people drunk. They did not know how to use the teaching soberly. Did I understand? Oh, yes, they had found a formula. Exactly”.<sup>17</sup>

Pero el temor de Wittgenstein no era la simple expresión de un escrúpulo exagerado o de un espíritu puritano. Su modo de entender la actividad filosófica era lo que le llevaba a creer que no la podía desarrollar adecuadamente en el aula. Para entender el planteamiento de Wittgenstein no basta con distinguir entre la filosofía como doctrina y la filosofía como actividad. Porque ésta es una clasificación heterogénea: mientras queda claro que la filosofía doctrinal se dedica a elaborar, formular y defender tesis, enunciados, principios y teorías, no está nada claro, en cambio, en qué consiste la filosofía entendida como actividad. La distinción entre doctrina y actividad es una distinción menor, que deja lo más importante por hacer. La actividad filosófica puede ser entendida de modos muy distintos y puede dar lugar a filosofías muy diversas; en último término, incluso quienes acaban favoreciendo una filosofía doctrinal, pueden sostener que entienden la filosofía más como una actividad que como una doctrina.

¿Cómo entiende, pues, Wittgenstein la actividad filosófica? Digámoslo concisamente: el filósofo está lleno de interrogantes, de perplejidades, y debe poseer el talento de aclarar los interrogantes y de desenredar las perplejidades. En todo caso, lo importante no es el resultado, si por ello se entiende el hallazgo de una solución o una respuesta que luego puedan ser aplicadas mecánicamente a los demás casos iguales o parecidos. Precisamente el filósofo sabe que no puede presuponer que hay casos iguales; todos los casos deben ser examinados con prudencia y con rigor. De ahí que lo importante sea el movimiento, la dirección, del pensar, y que sea, por tanto, más importante la tarea del filosofar que el resultado mismo.

En este sentido, siempre es importante la reflexión y, evidentemente, el diálogo. La filosofía no es algo que se pueda enseñar según la fórmula de transmisión que se ha convertido en tradicional, es decir, a partir de una clase magistral y de un aprendizaje de conocimientos y de resultados. La clase no es una biblioteca ambulante sino más bien un laboratorio. De ahí, que la rígida distinción académica entre investigación y docencia pierda también sentido. Porque la docencia siempre es búsqueda, investigación en voz alta. Es diálogo, confrontación de ideas, imaginación de posibilidades, examen de casos, agudización de la intuición y del rigor en el análisis. Este es el *tipo* de actividad filosófica que Wittgenstein defiende. Por ahí puede llegar la clarificación conceptual que él busca.

---

<sup>17</sup> O.K. Bouwsma, *Wittgenstein. Conversations 1949-1951*, ed. por J.L. Craft y R.E. Hustwit, Hackett, Indianapolis, 1986, págs. 11-12.

Como se ve, la concepción de Wittgenstein se halla muy alejada de otras dos concepciones de la actividad filosófica, muy en boga en nuestros días: a) de una parte, la filosofía entendida según el modelo del filósofo-arqueólogo o -más feamente expresado- del filósofo-buitre, cuya actividad básica consiste en escarbar en el *corpus* de otros filósofos; b) de otra parte, la filosofía entendida según el modelo del filósofo-ingeniero o -para seguir con la imaginaria del reino animal- del filósofo-castor -que prepara construcciones complejas, a menudo sumergidas y sutiles.

Wittgenstein sabe perfectamente que es difícil, por no decir imposible, llevar a cabo esa búsqueda constante en el aula. El proyecto tiene en su contra no sólo las debilidades e insuficiencias del profesor, sino también las del alumno, con cuya participación activa hay que contar para que la enseñanza llegue a buen término. Pero la parte del alumno es realmente muy difícil. En el aula, él sólo ve una pequeña parte de aquello que el maestro ha ido madurando y pensando. La clase es sólo un capítulo en el largo proceso del pensamiento. Tras la clase, el alumno, a solas, quiere proseguir y no puede. Así se comprende que se sienta frustrado o que se refugie en la repetición de lo que ha oído como si se tratara no de un caso, sino de una doctrina. Dice Wittgenstein en sus *Vermischte Bemerkungen*:

“A teacher may get good, even astounding, results from his pupils while he is teaching them and yet not be a good teacher; because it may be that, while his pupils are directly under his influence, he raises them to a height which is not natural to them, without fostering their own capacities for work at this level, so that they immediately decline again as soon as the teacher leaves the classroom”.<sup>18</sup>

La conclusión de esto suena trivial, pero resulta más importante y menos frecuente de lo deseable: sólo los profesores y alumnos que piensan, y que piensan conjuntamente, pueden sacar algún provecho de la clase de filosofía. No basta con que unos y otros sean más o menos listos o quieran ser más o menos ilustrados. Wittgenstein lo expresó así:

“But most of them come to me because I am clever, and I am clever, but it's not important. And they just want to be clever. So the rope-walker is clever, too”.<sup>19</sup>

Ahora resulta más claro por qué es tan difícil para Wittgenstein dedicarse a la enseñanza de la filosofía. En mis propias palabras, lo expresaría del modo siguiente: la filosofía no se puede enseñar; en realidad, ni siquiera se puede enseñar a filosofar; esta es una actividad que sólo se puede *aprender*. También lo puedo formular de un modo que no resulte tan inquietante para los funcionarios de la enseñanza: sólo se enseña filosofía cuando, al hacerlo, alguien aprende a filosofar. En este sentido, pretendo ir algo más allá de lo que propone Bouwsma cuando, en 1961, escribe a un amigo lo siguiente:

“One thing I know is that one does not understand Wittgenstein until he is able, not to repeat what he says, but to work with his ideas. The latter requires long practice”.<sup>20</sup>

<sup>18</sup> *Vermischte Bemerkungen*, Blackwell, Oxford, 1977, pág. 38.

<sup>19</sup> O.K. Bouwsma, *op. cit.*, pág. 10.

<sup>20</sup> *Ibid.*, pág. XVII.

Digo que hay que ir más allá, porque no creo que aprender de Wittgenstein sea simplemente aprender a trabajar con sus ideas. Me parece que Wittgenstein nos invita a trabajar con las propias. La mayoría de los filósofos ha querido tener discípulos o, cuando menos, alumnos. Wittgenstein quería por encima de todo tener conversaciones y tiempo para pensar. Su actitud en este punto es absolutamente reveladora. Si no me equivoco, la gran aportación de Wittgenstein a la filosofía no consiste sólo en lo que dice o en cómo lo dice, sino sobre todo en ejemplificar una manera de pensar que no debe ser aprendida, pero de la que se puede aprender.

Permítaseme un símil con la actividad culinaria. El aprendiz de cocinero sólo aprende mucho y bien si el maestro es un buen cocinero y si él observa, consulta y atiende con interés a cuanto hace el maestro. Pero, en las mismas condiciones, no todos los aprendices aprenden lo mismo. Un aprendiz puede aprender a preparar *los* platos que prepara el maestro; esto es lo que hace el aprendiz de filósofo que aprende doctrinas y las repite. Un segundo aprendiz puede aprender a preparar platos *como los* que prepara el maestro; esto es lo que hace el aprendiz de filósofo que aprende a aplicar el método del maestro. Wittgenstein no busca enseñar ni lo uno ni lo otro. De forma explícita -y polémica-manifiesta -aunque no sea necesariamente cierto- que él no defiende teorías ni doctrinas.<sup>21</sup> Tampoco defiende *un* método para la filosofía, sino la existencia de métodos, en el sentido de terapias.<sup>22</sup> Pero sigamos con el símil culinario. No sólo se puede aprender a preparar los platos que prepara el maestro, o aprender a preparar platos como él, sino que también se puede aprender a preparar platos *con* él. Los aprendices que así lo hagan, acabarán simplemente aprendiendo a cocinar, acabarán preparando sus propios platos, pero lo harán tras haber pasado un aprendizaje largo y a menudo complejo con un maestro determinado.

El aprendiz acaba, por fin, siendo cocinero autónomo, pero su autonomía viene precedida por un aprendizaje que le ha influido y que no le ha dejado indiferente. Él no guisa lo que guisa el maestro, ni lo hace como lo haría el maestro, pero lo que él guisa no lo guisaría así si no hubiera sido por el maestro.

Esto es, a mi entender, lo que puede conseguir el aprendiz de filósofo que se acerque a Wittgenstein y lo que, en el fondo, debería conseguir el aprendiz de filósofo en cualquier circunstancia. Wittgenstein sabe perfectamente que cada época necesita sus propios filósofos. En diversas ocasiones reconoce que su modo de filosofar le parece el adecuado a su época, pero que no va a ser, necesariamente, el mejor para otra época.

### 3. LA VIDA NO ES LO QUE PARECE<sup>23</sup>

El filósofo debe estar permanentemente atento a cuanto le rodea, a las argumentaciones, a las imágenes y analogías de los numerosos juegos de lenguaje en los que está inmerso. Podríamos decir que la tarea del filósofo consiste en advertir que la vida no es lo que parece. La advertencia debe ser doble: lo debe advertir él y debe advertirlo también a los demás. Que la vida no es lo que parece, no significa aquí -como podrían pen-

<sup>21</sup> Cf., por ejemplo, *Investigaciones filosóficas*, 109, 124-125, 128, 599.

<sup>22</sup> Cf. *ibid.*, 133, 255.

<sup>23</sup> Expresión extraída de O.K. Bouwsma, *op. cit.*, pág. 35.

sar algunos platónicos o algunos kantianos- que la auténtica realidad esté más allá de la apariencia o del fenómeno, sino simplemente que la apariencia y el fenómeno, aun siendo lo único que realmente hay, no son tan simples como a primera vista pueden aparentar. Cuando distinguimos entre la vida y la apariencia, no lo hacemos para distinguir entre dos modos de realidad, sino para subrayar que la vida -si se quiere, la realidad- toma apariencias muy diversas que conviene saber examinar con cuidado.

La obra entera de Wittgenstein se ha movido en esta dirección. Aunque Wittgenstein superó y rechazó muchas de sus propias afirmaciones -lo cual es visible no sólo en el paso del *Tractatus* a las *Investigaciones*, sino en las innumerables tachaduras en sus manuscritos-, sin embargo no abandonó nunca la actitud filosófica radical de no querer dejarse deslumbrar por la apariencia. En *Tractatus* 4.002 ya nos advertía:

“El lenguaje disfraza el pensamiento. (...) Las convenciones tácitas para comprender el lenguaje ordinario son enormemente complicadas.”

En el mismo sentido, en *Investigaciones filosóficas* 18 propone la imagen de la ciudad, diversa y compleja:

“Nuestro lenguaje se puede considerar como una ciudad antigua: un laberinto de callejuelas y plazas, de casas viejas y nuevas, y de casas con construcciones añadidas en distintas épocas; y todo ello rodeado de muchos arrabales nuevos con calles rectas y regulares, y con casas uniformes.”

La imagen de la ciudad debió ejercer una impresión duradera en Wittgenstein. Bouwsma, por ejemplo, relata una conversación mantenida con él en 1949, en la que Wittgenstein retoma la imagen, casi como si quisiera completar el texto de las *Investigaciones*. He aquí el testimonio de Bouwsma:

“Then he said: It's like this: In the city, streets are nicely laid out. And you drive on the right and you have traffic lights, etc. There are rules. When you leave the city, there are still roads, but no traffic lights. And when you get far off there are no roads, no lights, no rules, nothing to guide you. It's all woods. And when you return to the city you may feel that the rules are wrong, that there should be no rules, etc. (...) I think I understand too something about that earlier figure. The city is the life of external action. Here we have simple guides. But outside the city there is the wilderness of nature, desires, emotions. And now what shall we do? And isn't the city a superficial place?”<sup>24</sup>

Está claro, pues, que la mucha importancia que Wittgenstein da en su obra a la descripción frente a la explicación, no se debe a ningún interés suyo de aceptar, de forma conservadora, lo dado, sino a una imperiosa necesidad de examinar el entramado de la realidad, para descubrir precisamente las muchas diferencias existentes entre realidades aparentemente iguales o parecidas. Porque lo que nos aparece como realidad llana y pura, no acostumbra a ser ni algo simplemente obvio, claro o natural, ni algo necesariamente extraño, arbitrario o artificial.

<sup>24</sup> *Ibid.*

Este tipo de análisis, que no pretende teorizar y explicar, sino examinar y entender, busca más el conocimiento que los conocimientos, más la sabiduría que el saber. Y es ahí, precisamente, donde han quedado atrapados numerosos lectores y comentaristas de Wittgenstein. Podríamos detectarlo en centenares de casos, pero planteémoslos, a modo de ejemplo, la pregunta que, repetida a lo largo de su vida, es una de las preguntas clave para sintonizar con el planteamiento de Wittgenstein. La pregunta es: ¿qué significa que una sentencia tiene sentido? ¿Cuándo tiene sentido una sentencia? La respuesta a la pregunta no es fácil, por la sencilla razón de que no tiene *una sola* respuesta, sino tantas respuestas como ocasiones hay para hacer la pregunta.

Como ante otras preguntas del mismo tipo, Wittgenstein recomienda, una y otra vez, que para *descubrir* el sentido de una sentencia, se examine el contexto de la sentencia, su contexto de uso. Pero ello no es una teoría; sólo es una invitación. De ahí que se engañen quienes creen que han descubierto el método de Wittgenstein -como quien dice, su truco-, y que *aclararán* el sentido de la sentencia mirando el contexto. He ahí un movimiento absolutamente anti-wittgensteiniano, porque con él se da por hecho que la sentencia *tiene* ya un sentido que queda *aclarado* a través del contexto. Para Wittgenstein, en cambio, el contexto es el que *determina* el sentido, de modo que *no sabemos qué significa* la sentencia hasta que no vemos en qué contexto se produce.

Aquí nos puede ayudar una analogía de Wittgenstein, que retoma la imagen de la ciudad y resulta extraordinariamente iluminadora: se trata de la analogía del plano de una ciudad.<sup>25</sup> Podemos decir que en un plano se representan calles y casas; parece, pues, que cada cosa del plano *representa* alguna cosa. Ahora bien, el hecho de representar no está representado en el plano. Que aquello sea un plano implica que el plano se usa de una forma determinada, que se usa *como un plano*. O sea, los signos del plano sólo representan alguna cosa -casas y calles, por ejemplo- porque son signos *en* un plano, en una cosa que es usada como un plano. Con la sentencia ocurre algo parecido: sólo es inteligible gracias a su uso. Pero no es que los elementos de la sentencia *ya estén* claros y que, después, tengamos que examinar qué ocurre con la sentencia, sino que es el uso de la sentencia aquello que la convierte, toda entera, en inteligible. (Pensemos en casos tan triviales como “Me dio una gran alegría”, “Ana es la alegría de la casa” o “Hay que cumplir el deber con alegría”.) El uso hace comprensible la sentencia en el lenguaje. Así es como la visión estático-sintáctica de *Tractatus* 3.3 (“Sólo la proposición tiene sentido; un nombre sólo tiene significado en el contexto de la proposición”) se desarrolla en la visión pragmático-contextual de *Investigaciones* 43 (“El significado de una palabra es su uso en el lenguaje”).

A lo largo de su obra, Wittgenstein ofrece constantes aportaciones, intuiciones, sugerencias, comparaciones, por las que invita a descubrir que la vida no es lo que parece. Lamentablemente, en multitud de casos, su obra no ha sido utilizada como antídoto contra la esclerosis filosófica sino que ha sido reinterpretada como una *nueva filosofía* al uso, y ha dado paso a una importante -aunque inútil- escolástica wittgensteiniana. Quien ha entendido lo que Wittgenstein dice y hace, se hallará más cerca de Foucault que del escolasticismo académico, cuando oye a Foucault hablar sobre Nietzsche:

---

<sup>25</sup> Cf. *ibid.*, pág. 24.

“La presencia de Nietzsche es cada día más importante. Pero me cansa la atención que se le presta para hacer sobre él los mismos comentarios que se hacen o se harían sobre Hegel o Mallarmé. Yo, las gentes que amo, las utilizo. La única marca de reconocimiento que se puede testimoniar a un pensamiento com el de Nietzsche es precisamente utilizarlo, deformarlo, hacerlo chirriar, gritar. Mientras tanto, los comentaristas se dedican a decir, si se es o no fiel, cosa que no tiene ningún interés”.<sup>26</sup>

La comparación que propongo con Nietzsche no es casual. No pienso en absoluto que ambos autores procedan del mismo modo. Sí pienso, en cambio, que son los dos pensadores más radicales del siglo XX. Dice Nietzsche en el *Ecce Homo*:

“No seré yo quien levante nuevos ídolos; que los antiguos aprendan lo que conlleva tener los pies de barro.”

Y parece como si, a lo lejos, resonara el eco del escrito póstumo de Wittgenstein titulado “Gran manuscrito”:

“Todo lo que la filosofía puede hacer es destruir ídolos. Y esto significa no crear ninguno nuevo, ni siquiera el de la ‘ausencia de un ídolo’”.

Efectivamente, para Wittgenstein, la actividad filosófica sólo puede ser reconocida vía ejemplo, no vía modelo. De ahí que, al final de este largo trayecto, podamos decir que la muerte de Wittgenstein ha significado también, necesariamente, la muerte de la filosofía de Wittgenstein: no sólo en el sentido trivial de que él ya no puede seguir haciendo filosofía, sino en el sentido más importante de que ahora, gracias a él, podemos seguir haciendo filosofía sin él. Wittgenstein sabía bien que cualquier filósofo queda radicalmente inédito, aunque se editen y se comenten indefinidamente todas sus obras. Más aún: un autor muy editado y reeditado –posiblemente muy influyente–, puede convertirse en un autor particularmente peligroso. Es el peligro que siempre pensó que le acechaba a sí mismo y que creyó ver en Freud, por ejemplo.

Lo importante de su legado, pues, no es la filosofía de Wittgenstein sino *nuestra* filosofía. Desde luego, de él hemos podido aprender que la vida no es lo que parece. Y gracias a él lo hemos aprendido de forma distinta a como lo habríamos aprendido junto a otro. De ahí que, si no queremos renunciar a su herencia, debamos empezar siempre de nuevo según sus palabras: “Di lo que quieras, mientras esto no te impida ver lo que ocurre. (Y cuando lo veas, no dirás ciertas cosas.)”.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> M. Foucault, “Entrevista sobre la prisión: el libro y su método”, en *Microfísica del poder*, Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1992, pág. 101.

<sup>27</sup> *Investigaciones filosóficas*, 79.